



GARCÍA LORCA Y LOS TOROS

por MIGUEL MOLINA RABASCO

Un espectáculo tan popular como las corridas de toros parece natural y lógico que hubiera sido tema frecuente en los escritos de un poeta, tan popular también, como García Lorca. Sin embargo, en sus obras, son contadas las ocasiones en las que hace referencia a la llamada fiesta nacional. Si olvidamos, momentáneamente, la composición *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, que merece comentario a parte, sólo de manera esporádica encontramos alusiones casi marginales sobre esta materia. Con el comentario más extenso nos tropezamos en su charla *Teoría y juego del duende* donde nos subraya el terrible hecho de "jugarse" la vida el torero, al tiempo que expone una pseudomatemática como base analítica de la fiesta, en cuya geometría el toro tiene su órbita y el torero la suya y, entre ambas, un punto en el que se encuentra el vértice del terrible juego (sic).

Después únicamente hallamos frases sueltas o expresiones propias del argot taurino entre sus diversas obras como, por ejemplo, la conferencia "al alimón" con Neruda, los tres torerillos de *Arbolé, Arbolé*, "la larga torera" en el *Prendimiento de Antoñito el Camborio* y otras bravísimas en los *Mozos de Monleón* y en *Mariana Pineda*.

Volviendo ahora a la composición más extensa sobre el mundo del toreo, *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, conviene desde

el principio hacer una aclaración: Con un fondo donde se adivina difuminado, vago, el espectáculo, lo que de verdad constituye el núcleo del poema, su argumento, es la muerte. Todo lo demás es accesorio, simple colorido estremecedor de la tragedia; lo importante y trascendente es ese acontecer dramático, trágico en este caso, de la vida que se escapa a borbotones por la herida abierta en el cuerpo de Ignacio, mientras alfombra de sangre roja el albero de la plaza y que hace gritar al poeta: *¡Que no quiero verla!* Y como obsesivo sonsonete, semejante a un triste toque fúnebre de campana, va desgranando el verso *A las cinco de la tarde*, con acongojante reiteración surrealista, que martillea dolorosamente al corazón y la mente.

Es, por consiguiente, el miedo, la angustia ante el hecho irreparable e inexorable de la muerte, lo que refleja el poeta. Como a Unamuno, a García Lorca le preocupa y angustia la extinción definitiva, desaparecer, acabar y reposar en *un silencio de hedores*, esfumándose el cuerpo; le causa pavor morir para siempre *como todos los muertos de la tierra* y que el alma se ausente, quien sabe hacia dónde... Todo el poema, tal vez, sea una premonición de su trágico fin, consecuencia también de una profunda cornada del odio fratricida -que Dios quiera no vuelva a repetirse- y que segó una vida inocente en la plenitud de su creación.